



REVISTAS CIENTÍFICAS  
de la Universidad Católica del Norte.  
revistas.ucn.cl



 <https://ror.org/02akpm128>

 10.22199/issn.0719-8175-6144

CUADERNOS DE TEOLOGÍA  
Universidad Católica del Norte

ISSN: 0719-8175 (En línea)


## El rostro trinitario de la Iglesia


### The trinitarian face of the Church


Luis Guillermo Marroquín <sup>1</sup>  <https://orcid.org/0009-0005-8949-5736>

Johnny Miguel Mora <sup>2</sup>  <https://orcid.org/0009-0000-9750-3250>

Cecilia Pérez Mora <sup>3</sup>  <https://orcid.org/0000-0002-9755-9606>

<sup>1</sup> Seminario Mayor San José de la Montaña, Diócesis de Sonsonate, El Salvador. Consultor, Asesor Pastoral y director Espiritual.  [sanjosepropedeutico@gmail.com](mailto:sanjosepropedeutico@gmail.com)

<sup>2</sup> Seminario Nacional de Nuestra Señora de los Ángeles, Diócesis de San Isidro, Costa Rica. Director de Estudio.  [semi\\_introductorio@iglesiacr.org](mailto:semi_introductorio@iglesiacr.org)

<sup>3</sup> Universidad Católica de La Santísima Concepción, Chile. Académica de la Facultad de Estudios Teológicos y Filosofía.  [cperez@ucsc.cl](mailto:cperez@ucsc.cl)



#### Resumen:

Nuestra existencia está fundamentada en la revelación de un Dios que es Uno y Trino que ha plasmado su realidad en toda la creación, comunicando su rostro trinitario por medio del Hijo Jesucristo quien, a su vez, nos inserta en este misterio al convocarnos como Iglesia en el Espíritu Santo. En el presente artículo planteamos que la realidad eclesial debe ser entendida desde ese rostro trinitario de Dios, pues haciéndonos conscientes de sus elementos originales, singulares y de unidad presentes en las Personas divinas podremos percibir de mejor manera la riqueza de su reflejo en la Iglesia y así discernir los cambios necesarios que la encaminen a asemejarse cada vez más a su origen. Por ello, las tres esencialidades que, a nuestro juicio, están presentes trinitariamente en la Iglesia son: la ministerialidad, sacramentalidad y comunionalidad, las que permiten hacer visible las misiones extratrinitarias, originando la novedad en los avatares históricos, por medio de la formación de estructuras dinámico-relacionales encaminadas a recrear las señales del Reino, a encarnarlas y activarlas para la transformación de la realidad humana.

**Palabras Clave:** sacramentalidad; ministerialidad; comunionalidad.

#### Abstract:

Our existence is based on the revelation of God who is One and Triune and has reflected His reality throughout creation, communicating His Trinitarian face by means of His son Jesus, who, in turn, involves us in this mystery by calling us as a Church in the Holy Spirit. This paper deals with the ecclesial reality that must be understood from this Trinitarian face of God because, by making us conscious of its original, unique, and unitarian elements present in divine Persons, we can perceive the richness of His reflection in the Church better and, thus, discern the necessary changes leading it to increasingly resemble its origin. For this reason, the three essentialities that, in our view, are trinitarianly present in the Church are ministeriality, sacramentality, and communiality, which make extra trinitarian missions visible, originating, in this way, novelty in historical avatars by creating dynamic-relational structures to recreate, embody, and activate the signs of the Kingdom to transform human reality.

**Keywords:** sacramentality; ministeriality; communiality.

Fecha de recepción: 30 de agosto de 2023 | Fecha de aceptación: 07 de noviembre de 2023

## Introducción

Querer comprender la realidad y sus fenómenos es algo natural, para ello existen diversos métodos, tales como: los probabilísticos, sistémicos, mixtos, entre otros; que ayudan en la búsqueda del entendimiento. Por ejemplo, en la actualidad y gracias a los procesos mencionados comprendemos que el universo se concibe como un sistema que integra lo cósmico y lo caótico (cf. Villacís González, 2005)<sup>1</sup>. En la misma línea analítica, pero desde la perspectiva teológica, buscamos acceder al misterio trinitario.

H. U. von Balthasar, en su planteamiento sobre el problema de la razón y el amor (desarrollado principalmente en su obra "Teológica"), toca la realidad trinitaria y el intento del entendimiento humano por comprenderle (cf. Meis, 2004). Bajo la noción de que la Revelación trinitaria se ve reflejada en su creación (cf. Iglesia Católica, 2013, 236), pues, "Dios, ciertamente, ha dejado huellas de su ser trinitario en su obra de Creación y en su Revelación a lo largo del Antiguo Testamento" (Iglesia Católica, 2013, 237), y unido a lo que se ha inquirido sobre la Trinidad inmanente y económica, a la luz del mismo develamiento (las obras de Dios revelan quién es en sí mismo), nos serviremos del método analógico (cf. Rahner, 1979, pp. 96-97) como modelo del pensamiento complejo, con el cual podremos esbozar algunas aproximaciones de esta realidad revelada que es siempre desbordante (cf. Iglesia Católica, 2013, 251).

## 1. Pensar la Iglesia desde su fuente trinitaria

Dios uno y trino se reveló en la historia dando a conocer su divinidad como una comunidad de tres Personas, las cuales, se diferencian entre sí y, a la vez, se interrelacionan. Sobre esto, el teólogo alemán Karl Rahner explica,

La autocomunicación absoluta de Dios [...] en tanto misterio que se acerca, se llama, en su absoluta originalidad e inductibilidad, Padre; en tanto principio activo y que necesariamente tiene que actuar dentro de la historia [...], Hijo; y en tanto dado y aceptado por nosotros, Espíritu Santo. (2002, p. 92)

Asimismo, en cuanto a las relaciones trinitarias, Rahner plantea que las tres Personas son una única e idéntica divinidad (identidad de la esencia), pero no son simplemente un mismo sujeto (diversidad) dándose en ellos una "*relatio*", en la cual, Padre, Hijo y Espíritu se diferencian entre sí, pero solo "relativamente" (cf. Feiner y Löhrer, 197, pp. 305-308).

Con lo anterior, podemos afirmar que cada una de las Personas divinas poseen ciertas características que las hace únicas/originales en sí mismas; distintas/singulares entre sí; y de una cualidad de unidad basada en que todas son poseedoras de la misma esencia divina. Dichas

---

<sup>1</sup> En cuanto a la tensión inestable provocada entre orden y caos, existe una retroalimentación, la cual da origen a un campo creativo paradójico. Todo, cualquier cosa en el universo tiene la tendencia a ir del orden al desorden, sin posibilidad de retroceso. A eso se le llama proceso de entropía.

características pueden ser comparadas a un sistema orgánico donde se une lo dinámico y lo estático; lo complejo y lo simple; lo fractal y lo caótico. Y en la base de nuestras consideraciones está la *perijóresis* trinitaria, concepto que intenta explicar la interrelación entre las Personas divinas, permitiéndonos introducir los elementos que, a nuestro parecer, toda relación debe tomar en cuenta, a saber: la originalidad/novedad, la singularidad/autonomía y la unidad/socialidad. En Dios Trinidad estos tres aspectos deben estar vinculados a cada Persona divina.

Lo formulamos de la siguiente manera:

El Padre posee:

- La originalidad de ser la <Fuente de todo>. Sin entenderlo como una especie de teogonía o génesis de Dios, tampoco como un subordinacionismo (cf. Boff, 1986, p. 10).
- La unidad de ser la <Voluntad de todos>.
- La singularidad de la <Paternidad-Maternidad> (cf. Iglesia Católica, 2013, 239) para todos.

El Hijo posee:

- La originalidad de ser la <Palabra de todo>
- La unidad de ser la <Imagen de todos>
- La singularidad de la <Filialidad-Fraternidad> para todos.

El Espíritu Santo posee:

- La originalidad de ser la <Vida de todos>
- La unidad de ser el <Amor de todos>
- La singularidad de la <Comunionalidad> para todos.

Tener en cuenta que, “de/para todos”, es referido a las tres Personas en la vida intratrinitaria.

Esta relación supone siempre una novedad para cada una de las Personas divinas, y aunque es propio de cada una ser omnisciente, tal conocimiento supone también el reconocimiento de la libertad plena del otro (*omniliberte*), lo que fundamenta que la otra Persona siempre puede esperar un mensaje novedoso –aunque nunca contradictorio a la Trinidad misma– sorprendiéndose mutuamente aun en la eternidad a la cual Dios no está subordinado. Así lo muestra su propia Revelación en la economía de la salvación, pues, es como si hubiera “rasgado lo eterno”, como la destrucción de una estrella que rompe el tejido de espacio-tiempo dejando un agujero negro, así estalló su amor e hizo surgir la realidad espacio-temporal.

Que Dios se sorprenda a sí mismo no es una formulación inconsistente, ya que Él se ha revelado como amor (cf. Biblia de Jerusalén, 1998, 1 Juan 4:8) y un aspecto principal de amar es darse a conocer, hacer partícipe al otro de lo que se es, y lo que se es compartido desde el amor, lo

cual nunca deja de ser novedad. Tal supuesto continúa uno de los postulados teológicos de B. Lonergan: "En Dios hay una sola consciencia porque hay un solo ser consciente aun cuando a la vez haya tres conscientes, es decir, Tres que se saben y que poseen diversamente esa única consciencia" (Ferrara, 2002, p. 73).

De igual manera, los Tres pueden realizar lo que hemos llamado la *aportación libre de novedad en la eternidad*, salvaguardando que en Dios no hay tres centros de actividad (pues esto sería triteísmo).

Es importante destacar que, como aspecto trinitario, la "originalidad de cada Persona" está íntimamente relacionado con los otros aspectos mencionados, tales como, la unidad y la singularidad, de modo que, tanto la unidad como la singularidad surgen con novedad. Si dicho supuesto es cierto, entonces, la unidad como aspecto de la Persona divina mantiene lo singular y lo original, y de igual manera, lo singular se expresa en unidad y originalidad. Se ha de tomar en cuenta del mismo modo que estas interacciones entre unidad, singularidad y originalidad son diversas en cada una de las Personas divinas pero pertenecientes a todas plenamente, pues nada hay que contenga el Padre que no esté en el Hijo, ni nada que sea del Hijo que no sea del Padre, ni nada que sea del Padre y del Hijo que no sea también del Espíritu, ni nada que sea del Espíritu que no esté en el Padre y en el Hijo (cf. Biblia de Jerusalén, 1998, Juan 16:15; cf. Iglesia Católica, 2013, 255); dado que Dios es una unidad interpersonal, un ser correlativo que a su vez no niega el valor infinito de cada una de las Personas divinas (cf. Ferrara, 2002, p. 75). En otras palabras, Dios es comunión trinitaria, vale decir, "la unidad relacional de las Personas divinas a partir de su pluralidad y trinidad [...] lo uno y lo mucho, la unidad y la diversidad, sin reducirse una a la otra, constituyen la unidad de la *communio*" (Ferrara, 2002, pp. 83-84).

Con la transdisciplinariedad de trasfondo, el pensamiento complejo del filósofo y sociólogo francés Edgar Morin postula algo parecido a lo anterior, propone comprender la complejidad en términos organizacionales tratando de pasar de una noción de objeto esencia/sustancial a una noción de objeto relacional, de esta manera, la idea de organización remite así a la idea de una totalidad relativa relacional no cerrada sino abierta, histórica y contextualizada, esto es, unido al concepto de bucle tetralógico: "...funcionamiento del bucle tetralógico: desorden => interacciones => orden => organización => desorden" (Peña, 2001, p. 3), que busca dar cuenta de la relación complementaria-concurrente (convergente para Teilhard de Chardin) y antagonista entre los conceptos de orden-desorden-interacciones (encuentros)-organización (cf. Rodríguez Zoya y Aguirre, 2011, p. 6). Es por eso, que debe superarse también el concepto de interacción o interrelación por el de interdefinibilidad, pues, en los sistemas complejos sus "elementos están interdefinidos, es decir, que no pueden ser definidos ni estudiados en función del resto" (cf. Rodríguez Zoya y Aguirre, 2011, p. 8).

Puesto que es posible comparar analógicamente la comunión trinitaria y sus interrelaciones con la complejidad en términos organizacionales –y sin pretender agotar el amplísimo estudio teológico sobre la Trinidad inmanente-económica (cf. Feiner y M. Löhrer, 1977, pp. 311-334) que desborda nuestro objetivo–, ahora podremos remitirnos a su “reflejo” en la creación. Para ello, continuamos haciendo uso de analogías, esta vez, tomando el concepto de belleza en las matemáticas, conocido como simetría.

La simetría matemática en un plano se interrumpe espontáneamente para permitir, por ejemplo, la existencia de masa en los *quarks* (interacción débil) junto a la aparición de la partícula de *Higgs* (cf. Benítez, 2012, p. 6). De este modo, la simetría inicial del universo cede (aunque la simetría sigue ahí, en leyes subyacentes) para dar paso a la masa que permitirá la formación de los átomos. Podríamos decir entonces que la Trinidad inmanente en un querer desde la eternidad, decide generar novedad en la misma eternidad, a saber, el plano espaciotemporal y la materia; pero contrario a la simetría matemática, la Trinidad, no pierde su belleza, su peculiar “simetría” que es ser Uno en lo Múltiple. Así, su “simetría” no se interrumpe, sino que continúa en otro plano distinto a la eternidad: la creación, gracias a que en Dios Trinidad cada una de las Personas tienen la capacidad de la aportación libre de novedad en la eternidad, fundada en el amor co-relacional. En este nuevo plano, la creación como “simetría divina” sigue cumpliéndose, entendemos que la Trinidad está presente, pudiendo hallarla no solo como vestigios de la Trinidad, sino toda ella que convive con la autonomía propia del universo, por tanto, su existencia “simétrica” acompaña sin invadir los procesos de los fenómenos naturales que pueden comportarse sin simetría en el plano espaciotemporal.

El anterior planteamiento teológico parte de la unidad del “... principio de analogía basado en la ontología de la creaturalidad con el ejemplarismo trinitario, para el cual, las procesiones eternas de las Personas divinas en la vida intratrinitaria son *ratio* y causa de la creación” (Coda, 1994, p. 107), sugiriendo que toda la realidad se ve a sí misma con un rostro trinitario, y comportándose también, en muchos de sus rasgos, de manera trinitaria como es el caso –sin querer forzar la idea de que todo en la realidad creada es trinitario, pues se debe recordar, partiendo de la autonomía, que cada creatura tiene también su originalidad, singularidad y unidad propia que lo distingue de la Trinidad– de las tres familias (y no más)<sup>2</sup> en que se agrupan las partículas elementales (constituyentes elementales de la materia que no están constituidas por partículas más pequeñas o estructura interna), seis *leptones* y seis *quarks* (cf. Muñoz López, 2009; Moreira, 2009). Si esto sucede en toda la creación, sucede también en la Iglesia, como bien es sabido, ya que, “El mundo fue creado en orden a la Iglesia’ [...pues] Dios creó el mundo en orden a la comunión en su vida divina, [y esa] comunión [...] se realiza mediante la ‘convocación’ de los hombres [y mujeres] en Cristo, y esa ‘convocación’ es la Iglesia” (Iglesia Católica, 2013, 760). Por consiguiente, la Iglesia es el querer de Dios –Uno y Trino–

<sup>2</sup> La pregunta sin respuesta, ¿por qué solo tres formas de agrupaciones de partículas en todo el universo?

de relacionarse de tú a tú entre semejantes, con uno y con todos los seres humanos, dado que personal y comunitariamente congregan el ápice del cosmos.

Precisamente todo el universo, por tener su origen en Dios Trinidad, se asemeja a Él y al mismo tiempo se distinguen, tal como sucede en la Trinidad inmanente en el que las Personas divinas son distintas entre sí pero interrelacionadas en una “sola esencia que es dialogal: Yo, Tú y Nosotros” (Ladaria, 2010, pp. 395-396). Al convocar al ser humano se une lo personal y lo comunitario, es decir, convoca a otro semejante en su Trinidad. La Iglesia, por tanto, es imagen y semejanza de la Trinidad, querida y preparada por el Padre, instituida por Cristo Jesús (el Hijo encarnado) y manifestada/dinamizada por el Espíritu Santo. Aquí surge nuestra propuesta, la cual sustenta que, la Iglesia a semejanza de la Trinidad, es esencialmente la unión de tres elementos distintos, la ministerialidad, la sacramentalidad y la comunitariedad. Estos, como es posible deducirlo, también cumplen de modo análogo las interrelaciones trinitarias.

## **2. Iglesia trinitaria económica: propuesta de imágenes explicativas**

Antes de pasar a los trí-elementos, la ministerialidad, la sacramentalidad y la comunitariedad, que a nuestro parecer son esenciales en la Iglesia y sus interacciones, es necesario abordar algunas imágenes comparativas –así como lo hizo San Pablo con el símil del cuerpo en 1 Corintios 12:1-30 (Biblia de Jerusalén, 1998)– estas ayudaran a comprender la imagen de Iglesia trinitaria que postulamos. Es importante tener en cuenta que, nos referiremos siempre a la Iglesia “terrestre” como Iglesia trinitaria económica y que estas imágenes explicativas deben ser consideradas dependientes unas de otras de manera integral.

### **2.1. El icosaedro truncado**

El papa Francisco (2013, art. 236) nos exhorta a repensar el actuar y ser en el mundo de la Iglesia, aproximándonos a la imagen de un poliedro, específicamente para nosotros, a la imagen del icosaedro truncado, el cual, está constituido por dos figuras geométricas: el pentágono y el hexágono. Esta imagen destaca que la realidad intra y extra eclesial se compone de diversos rostros unidos en tres aspectos: primero, en lo que respecta a que dichas figuras comparten uno o más de sus lados y aristas; segundo, unidos al todo del poliedro cuando lo vemos tridimensionalmente; y tercero, unidas en cuanto que todo el poliedro solo presenta dos figuras poliédricas, ya antes mencionadas. Pero esta unidad trina, por decirlo así, no niega la pluralidad de poliedros que, aunque son la repetición de dos figuras poliédricas, estas son distintas y originales con relación a las otras debido a que no ocupan el mismo espacio ni la misma dirección geométrica en el espacio tridimensional, ni tampoco, la misma posición en un determinado tiempo, si nos imaginamos todo el poliedro en movimiento circular traslacional.

La Iglesia es como ese poliedro con muchos rostros, tanto de personas como de campos sociales y culturales, cada uno de diferentes colores que están unidos, pero a la vez conservando su distinción, donde el movimiento de uno de ellos supone el movimiento del otro y del todo; y donde la desfiguración de uno de ellos supone la pérdida de la belleza poliédrica. Para entenderlo, imaginemos el balón de fútbol en multicolor, que es precisamente un icosaedro truncado. Si una de las figuras modifica su ángulo, o más aun, si cambia a otra forma como podría ser un octágono, se perdería la forma icosaédrica y, por tanto, su belleza geométrica y matemática; un balón así no estaría en condiciones adecuadas para ser usado en un partido, sería rechazado y cambiado por otro. Esto mismo pasaría a la Iglesia, si se presenta de manera deformada, estaría siendo rechazada (y quizás cambiada) en muchos campos oficiales no por la novedad que ella trae, sino porque se sigue presentando deformada. Esto sucede precisamente cuando no se da cabida a la otra figura poliédrica en el balón, ya que de algún modo se quiere y piensa que solo debe existir una única figura monocultural (cf. Francisco, 2013, art. 117) y monoestructural. Además, dicha imagen ayuda a ver la realidad de manera diferente, pues, deja ya de ser exclusivamente una realidad bidimensional y unidireccional, dando paso a una tridimensionalidad. Al visualizar la forma tridimensional de la figura, los movimientos de dicho poliedro pueden ser rotacionales, vibratorios, traslacionales y circulares, los cuales son influenciados por otras fuerzas como, la fricción del viento, la gravedad, el césped, entre otros, y conjuntamente por el material del balón, su porosidad, etc., denotando así la complejidad propia de toda realidad, y por supuesto, de la Iglesia.

## 2.2. El concepto de *madre*

La anterior imagen se debe completar con la del equipo de fútbol. En esta se rescata el aspecto lúdico de vivir y de ser Iglesia. Cada miembro del equipo, aunque comparten un mismo horizonte, como es ganar el juego; sudar la misma camiseta; patear un mismo balón en la cancha; organizarse de acuerdo con las tácticas planteadas por el técnico; y jugar con base en las técnicas grupales a las que se han habituado por las prácticas diarias; mantienen su originalidad propia, su genialidad individual, y sus diversidades personales. En esta imagen se rescata la aparición de novedad de cada uno de los jugadores, respetando al mismo tiempo los esquemas, las reglas propias del juego y las dimensiones de la cancha.

Dentro del mismo esquema futbolístico existe una práctica –que, si bien es poco utilizada, igualmente queremos destacar– que permite plantear una manera distinta de ver la capitanía. En la experiencia brasileña del mundial de Rusia 2018, la capitanía fue cambiando de jugador en cada juego, de modo que, este “cargo” no dependía de la cualidad de liderazgo de uno, sino que fue un ejercicio compartido donde todos tuvieron la posibilidad y responsabilidad de aprender y ayudar a sus compañeros en la dirección del juego (Cubero, 2018). La Iglesia servidora parte de ese compartir, no sobre los cargos, sino los diversos ejercicios de misericordia que, como el caso de la selección

brasileña, pueden ser intercambiados entre los distintos fieles laicos y clérigos permitiendo la genialidad propia de cada uno y, por tanto, el surgimiento de novedad en los servicios.

### 2.3. El sistema solar

El universo está formado por una serie de elementos, tales como, los planetas, satélites, asteroides, las estrellas, cometas, materia oscura, polvo, gas interestelar, etc., donde algunos de estos integran el sistema solar. Dicho sistema se compone de ciertos cuerpos celestes que están ligados por la fuerza de gravedad a una estrella mayor, el sol (cf. Villacís González, 2005, p. 536). Análogamente, la Iglesia debe verse como ese sistema, constituida por diversos planetas, satélites, etc., que, desde su propia realidad están ligados o, mejor dicho, re-ligados por la gravedad del amor a la estrella mayor que, en este caso, sería la Trinidad. La idea aquí es ver cómo todos somos afectados por la experiencia de Dios, así como el sol sale igual para todos (cf. Biblia de Jerusalén, 1998, Mateo 5:45), independientemente si uno de estos cuerpos está más cerca o alejado de la luz del sol.

Si conjeturamos la existencia de vida inteligente en cada planeta del sistema solar, y a su vez, pudiésemos viajar a ellos, notaríamos que la travesía implica tener en cuenta importantes factores a respetar, tales como: distancia, diversidad de ambientes, culturas, sus descubrimientos, políticas, etc. Del mismo modo, la Iglesia hoy toma en cuenta las distintas realidades y reconoce la necesidad de buscar formas para un compartir, aprendiendo el lenguaje, la política, la cultura, el arte, los diversos tiempos y modos religiosos, además reconoce en definitiva de que, así como la gravedad y otros aspectos nos religan a la divinidad, también estos existen de alguna manera en los más alejados.

Como ya se ha mencionado, estas imágenes en conjunto nos ayudarán a comprender mejor la interrelación "*perijorética*" entre sacramentalidad, ministerialidad y comunionalidad, y las conclusiones a que esto conlleva, pues, "la idea de una efectiva '*perijóresis* eclesiológica' (hará) de la comunión eclesial un auténtico icono de la Trinidad" (Forte, 2003, p. 113).

## 3. Los tri-elementos esenciales de la Iglesia

Nuestra propuesta sobre la comprensión del misterio eclesial es trinitaria, lo cual no exhibe mayor novedad ya que formalmente desde el Concilio Vaticano II se asume una eclesiología de comunión y/o trinitaria, sin embargo, basándonos en *Lumen Gentium* (Pablo VI, 1964) y los tres aspectos *perijoréticos* de la Trinidad inmanente mencionados con anterioridad, pasamos a exponer las características esenciales de la Iglesia terrestre que, a nuestro entender, reflejan de manera diáfana su rostro trinitario. Si bien, en la presente propuesta existe un evidente alcance con las cuatro dimensiones en las cuales la Iglesia realiza su servicio de evangelización, a saber, *koinonía* - *diakonía* - *martyría* y *liturgia*, nuestro enfoque se posiciona en el entendimiento de la propia naturaleza del misterio trinitario aterrizado al rostro de la Iglesia.



### 3.1. Sacramentalidad

En un momento de la historia, la teología alemana nos presentó una relevante profundización teológica al “hablar de Cristo como *Ur-Sakrament* (sacramento originario) y de la Iglesia como *Grund-Sakrament* (sacramento fundamental)” (Maldonado, 2001, p. 113), la cual, fue retomada posteriormente por el Concilio Vaticano II expresando la novedosa convicción doctrinal sobre la Iglesia como “sacramento universal de salvación” (Pablo VI, 1964, 1, 2; 48, 2; 59, 1; Pablo VI, 1965, 45) (cf. Madrigal Terrazas, 2007, pp. 1-14). Dicha novedad, permitió advertir la equivalencia tanto de los sacramentos de Cristo, como también los sacramentos de la Iglesia (cf. Iglesia Católica, 2013, 1114; 1117), afirmando de forma significativa que estos son de la Iglesia en un doble sentido: por y para ella.

Existen ‘por la Iglesia’, porque ella es el sacramento de la acción de Cristo que actúa en ella gracias a la misión del Espíritu Santo. Y existen ‘para la Iglesia’, porque ellos ‘son sacramentos [...] que constituyen a la Iglesia’ [...] ya que manifiestan y comunican a los hombres, sobre todo en la Eucaristía, el misterio de la Comunión del Dios Amor, uno en tres Personas. (Iglesia Católica, 2013, 1118)

Para que así sea, es preciso que la misma actúe en los sacramentos como comunidad sacerdotal, orgánicamente estructurada (cf. Pablo VI, 1964, 11; Iglesia Católica, 2013, 1119) y que en ella se desempeñen los diversos ministerios que a cada uno le corresponde (cf. Iglesia Católica, 2013, 1141-1144) (cf. Borobio, 1996, p. 17). De esta manera, el centro de referencia, la gran mediación, o el gran sacramento en cuyo interior deben entenderse los demás sacramentos, es la misma Iglesia (cf. Borobio, 1996, p. 16); su sacramentalidad entonces, es parte de su esencia. Así, la sacramentalidad que le es propia por designo divino se caracteriza por ser al mismo tiempo la interrelación entre símbolo, transparencia y gracia.

- a) Símbolo: Como la Iglesia y su sacramentalidad es trinitaria, uno de sus rasgos característicos es el elemento del símbolo cuyo aspecto más importante es su poder unificador, revelando la unidad fundamental de las diversas zonas y estratos de lo real, y garantizando la experiencia del todo, la superación de la fragmentación, la dispersión y ciertamente la confusión (cf. Maldonado, 2001, p. 26).

En la profunda identidad simbólica de la Iglesia está el hecho de que su misterio íntimo se refleje correspondientemente en todos los elementos de su organización societaria, de modo que la comunidad eclesial sea y aparezca como una realidad única, coherente y significativa, es decir (como) verdadero sacramento. (Tejerina Arias, 2015, p. 342)

Pues, la Iglesia identificada como símbolo, comunica, une, vive la vida de comunión y de relación en la diversidad y unidad de la Trinidad.

- b) Transparencia: El símbolo ha de ser transparente para ser entendido humanamente. Este principio se apoya en el hecho de “que toda revelación y toda actuación de Dios con la humanidad solo puede tener lugar a través de las realidades del mundo, dada nuestra constitución radicalmente corporal-mundana (*quidquid recipitur ad modum recipientes recipitur*)” (Maldonado, 2001, p. 45), entendiendo así el carácter necesariamente simbólico de toda la revelación donde se unen la trascendencia y la inmanencia, transparentadas por mediaciones mundanas. Dicha transparencia, entonces, acoge tanto la inmanencia como la

trascendencia, no como realidades opuestas, sino singularmente en comunión entre sí las cuales se tras-pasan, con-jugan, com-binan, a-socian, re-ligan, con-catenan, co-munican y con-viven una en la otra. Esto quiere decir que lo trascendente se hace presente en lo inmanente, logrando que esto se vuelva transparente a la realidad de aquello (cf. Ratzinger, 1967, pp. 57-84). Por tanto, todo lo que se realiza como Iglesia, evidentemente, transparenta la Trinidad.

- c) Gracia: Esta Iglesia sacramento se convierte en esa realidad mediadora de la vida Trinitaria, porque “pertenece a la economía divina de la gracia como elemento estructural de la salvación” (Tejerina Arias, p. 9), con lo anterior, podemos afirmar que simboliza y trasparente de manera novedosa la experiencia y la raíz de la gracia del Dios Trino revelada en Jesucristo (cf. Tejerina Arias, p. 12), por eso, sus estructuras humanas que aparecen a la vista, tienen que “ser del modo más límpido una institución de gracia, regida hondamente por la lógica del don [...] (donde además) lo visible de ella es correspondencia de la encarnación y la corporeidad de Dios en Cristo” (Tejerina Arias, p. 340), donde a su vez, sus dinámicas, acciones y sus mismos miembros son agraciados, pues viven bajo el “ofrecimiento de una gracia de salvación” (Borobio, 1996, p. 69).

De esta manera, la Iglesia en su condición sacramental, como criatura de la gracia y en su vertiente histórica social, es impulsada a compartir esta experiencia de salvación recibida del Dios trino, a ser fermento de esa gracia trinitaria como núcleo de la gracia de salvación desde la *communio* vivida en su interior (Tejerina Arias, p. 495).

### 3.2. Ministerialidad

Otra característica de la Iglesia es ser toda ministerial, designando con dicha palabra a los servicios, tareas y funciones que se ejercen al interior y exterior de la realidad eclesial con relación a la evangelización, realizada precisamente por todos los bautizados, a raíz de la triple función (sacerdote, profeta y rey) que se obtiene por medio del sacramento. Estos son, además, edificados según los dones y carismas que ha otorgado el Espíritu Santo, de acuerdo con las necesidades que van brotando en la vida de la Iglesia y la realidad. En palabras del teólogo brasileño, Agenor Brighenti (2016):

Los bautizados son quienes conforman la Iglesia toda ella ministerial. No hay distinción o tipos de cristiano, sino más bien, somos todos los bautizados. Esto nace a raíz del Vaticano II con la LG, lo que hace superar la visión clericalista de la Iglesia tridentina, donde los ministros ordenados eran los sujetos activos de los ministerios y el laico un simple oyente, como polo pasivo de la Iglesia y objeto de la pastoral. Entonces pasamos del binomio clérigos-laicos a comunidad-ministerios. (pp. 24-25)

Podemos decir que, en la Iglesia trinitaria, todo creyente tiene el derecho y el deber de desarrollar una función de acuerdo con los dones que posea y las exigencias que emanen de la lectura de los signos de los tiempos para la edificación del Cuerpo de Cristo en la historia, sin que dichos servicios queden en manos de unos pocos, como un mero privilegio pues su ejercicio carismático es fuente de comunión eclesial (Cf. Iglesia Católica, 2013, 877-879).

Dado que su origen es la Trinidad, el ministerio se puede comprender también como sacramentalidad y comunionalidad, y debido a que es precisamente este origen que hace a la Iglesia

sacramento, ministerio y comunión, apreciamos también en la ministerialidad la unión e interrelación de tres elementos: la universalidad, los dones-carismas y la edificación.

- a) No puede haber universalidad sin dones ni edificación: el bautismo nos concede una realidad común, la que parte de una igualdad fundamental –la dignidad bautismal– y una diversidad enriquecedora –los dones y ministerios– (cf. Pablo VI, 1964, 32). Por medio del sacramento del bautismo estamos configurados con Cristo, al Padre y al Espíritu, el que nos convierte en miembros del Pueblo de Dios diverso en dones, los que “responden a las vocaciones específicas en la vida de la Iglesia, (y a su vez, encarnados en la realidad) en vista de su misión en el mundo” (Crozera, 2008, p. 38). El apostolado que nace a raíz de la vocación bautismal es universal, de y para todos por igual; laicas y laicos, clero y religiosas/os, miembros del Pueblo de Dios y sujetos de la realidad, unidos al servicio de toda la humanidad, quienes desde sus propios carismas aportan a la edificación y santificación de la realidad y de la misma Iglesia.
- b) No puede haber dones-carismas sin universalidad ni edificación: partiendo de la base de que todo el pueblo convocado por Dios es poseedor de diversos dones y responsabilidades, precisaremos que, en la raíz de cada ministerio existe un carisma. Por lo que, la diversidad de estos se instala en el Pueblo de Dios y permiten reflejar una riqueza original y gratuita que debe de ser manifestada en la diversidad de ministerios cultivados y desplegados según las necesidades concretas de la realidad de la Iglesia y en su misión, ya que el simple hecho de practicarlos “... abre el horizonte para el ejercicio cotidiano de la comunión...” (Consejo Episcopal Latinoamericano, 2008, art. 162). En efecto, cada uno de los bautizados es portador de dicha riqueza, cuyos frutos se ponen al servicio de la realidad encarnada (cf. Consejo Episcopal Latinoamericano, 2008, arts. 162-163) y la edificación de esta, inclusive del propio bautizado.  
Este acontecimiento del Espíritu, permite la unidad de la comunidad que “... está llamada a descubrir e integrar los talentos escondidos y silenciosos que el Espíritu regala a los fieles” (Consejo Episcopal Latinoamericano, 2008, arts. 162); inevitablemente la comprensión de este hecho ayuda a superar la concepción jerárquica y clericalista de la Iglesia, pues el ejercicio de los dones orienta a relaciones horizontales debido a que todos y cada uno de sus miembros poseen dones diversos y distintos que permiten el servicio distintivo y complementario (participación y corresponsabilidad) hacia la edificación del Reino.
- c) No puede haber edificación sin universalidad y sin dones-carismas: la edificación de la Iglesia-comunión parte desde la realidad encarnada, la cual evangeliza y llama a renovar constantemente al Pueblo de Dios, quien al mismo tiempo está llamado a servir y evangelizar de manera singular a la misma realidad (cf. Consejo Episcopal Latinoamericano, 2008, arts. 34 y 42). Por ende, es necesario observarla, discernirla y desde las necesidades que se detecten en la vida de la Iglesia y su misión, poner a su servicio los distintos ministerios y, si es necesario, crear otros que respondan al contexto actual (cf. Crozera, p. 17). Es así como la realidad es aquel escenario donde el Pueblo de Dios desarrolla y pone en funcionamiento sus dones, frutos y servicios con la asistencia del Espíritu, para que se lleve a cabo la evangelización que sin lugar a duda permite, de manera singular, la construcción del Reino. Al igual que el amor, cada ministerio edifica (cf. Biblia de Jerusalén, 1998, 1 Corintios 8:1) a la persona en sí, y su servicio permite y busca edificar a la propia comunidad (Biblia de Jerusalén, 1998, 1 Corintios 14, 1:12).

### 3.3. Comunalidad

La tercera característica fundamental de la Iglesia como reflejo de la *communio Trinitaria*, es la comunalidad, por la cual se forma una comunidad de fe en la que Cristo comunica la verdad y la gracia, y donde los elementos divinos y humanos están unidos (cf. Iglesia Católica, 2013, 771).

No debemos olvidar que la salvación se realiza mediante la comunión con la Trinidad. La Iglesia, siendo comunión misteriosa, íntima y real con Jesús entre su Cuerpo y el nuestro (cf. Biblia de Jerusalén, 1998, Marcos 1,16:20; 3, 13:19; Mateo 13:10-17; 28:20; Lucas 10:17-20; Juan 6: 56; 20:22; Hechos 2:33), y la comunicación de su Espíritu, nos constituye místicamente en su propio Cuerpo, la Iglesia (cf. Pablo VI, 1964, 7), el cual, es la unidad de un solo cuerpo dotado de una pluralidad de miembros (cf. Iglesia Católica, 2013, 786-791; cf. García Extremeño, 2005, pp. 122-125). Asimismo, el término *koinonía*, es utilizado para referirse al conjunto de relaciones que ligan a los cristianos con Dios en Cristo y a los cristianos entre sí, como dinamismo del amor trinitario que envuelve al creyente haciéndolo participar en él. Lo que explica que la comunión del Pueblo con la Trinidad la vemos principalmente en los sacramentos, especialmente en el Bautismo (cf. Biblia de Jerusalén, 1998, Romanos 6:4-5; 1 Corintios 12:13) y la Eucaristía, dado que en ellos se comunica al creyente la vida del mismo Cristo (cf. Bueno de la Fuente, 2014, pp. 75-80).

Al igual que las otras características presentadas, la comunalidad despliega tres esencialidades que se interrelacionan, estas son: la sinodalidad, relacionalidad y singularidad.

- a) Sinodalidad: es un rasgo esencial de la Iglesia cuyo significado muestra la acción eclesial y fundamental del "caminar juntos" como participación responsable en su vida y misión. Esta forma de ser Iglesia parte de la naturaleza racional en cuanto a la comunión (*koinonía*), y pertenece a la misma naturaleza del ministerio apostólico (Fontbona, 2007, p. 370). Como dimensión operativa de la *Communio ecclesiarum*, y fundamentada en la misma Trinidad, la sinodalidad se manifiesta con la relación y participación cualitativa de los miembros de la Iglesia por medio de la escucha y el diálogo (cf. Pié-Ninot, 2001, p. 991). Esta esencialidad eclesial se remonta al concilio de Jerusalén (cf. Biblia de Jerusalén, 1998, Hechos 15), el cual se concibe como el gran hito de comunión eclesial que, posteriormente, permitirá identificar las asambleas eclesiales como *sínodos*. Sin embargo, no podemos reducir la sinodalidad a asambleas esporádicas, puesto que, como ejercicio de comunalidad participativa esta es connatural y una actitud permanente entre todos los bautizados. Desde las primeras comunidades fue conocida como un ejercicio que renueva la misión eclesial en fidelidad a su vocación originaria; permite vivenciar, al igual que en la Trinidad, la unidad y pluralidad de sus miembros por medio de un "nosotros", que en el diálogo recíproco encuentra su unidad en la diferencia (cf. Bueno de la Fuente, 2014, pp. 160-161) apuntando al desarrollo de la esencia eclesial cuya metodología basal es la participación, corresponsabilidad y la colegialidad, en miras del Dios-relación que nos invita a caminar juntos. Así, podemos constatar que la sinodalidad es una actitud permanente y necesaria (sobre todo en la actualidad) en la vida del Pueblo de Dios como acción corresponsable, pues, "Lo que el Señor nos pide, en cierto sentido, ya está todo contenido en la palabra 'Sínodo'" (Francisco, 2015, párr. 6).

- b) Relacionalidad: hemos iniciado del hecho de que la pluralidad de ministerios, de dones y de servicios suscitados por el Espíritu Santo en la Iglesia, solo se pueden vivir en la forma de la comunión. Es así como, mediante la categoría de la relacionalidad, la comunidad eclesial en sus relaciones –redimidas por Cristo– hacen circular el amor, anuncian y expresan la comunión trinitaria, y construyen cotidianamente la Iglesia como comunidad que acoge y sirve (cf. Sandrin, 2015, p. 93). A la luz de esta categoría se deberían replantear las acciones pastorales (acción eclesial) en clave dialógica y relacional, pensando en acciones y estructuras que manifiesten una gestión de relaciones, vivencia y experiencia de la comunidad cristiana, porque “nuestro ser es un ser con: ser-con Dios, ser-con la humanidad, ser-con la creación. La relacionalidad –designada de modo particular con la palabra bíblica amor (*agapé, hesed*)– es la esencia de nuestra humanidad tal como el Creador-Redentor la quiso” (cf. Sandrin, 2015, p. 94). Desde el misterio de la Trinidad, la relacionalidad se comprende como un paradigma, ya que, como expresa el Teólogo alemán, G. Greshake, en su reflexión sobre la Trinidad:

En Dios no son tres que luego entran en relación mutua desde su ser personal. Más bien la unidad de Dios es una unidad originaria de relación amorosa que desborda toda comprensión, en la cual las tres Personas se comunican mutuamente la única vida divina y en este intercambio se muestran distintas y como sumamente uno. Unidad de relación, de amor y no unidad de sustancia o de colectividad. (Greshake, 2002, p. 28)

La relación, y, por tanto, el ser en relación se muestra como la esencia más profunda de la realidad, de ahí que “la suprema y verdadera realidad en la esfera creatural y en la divina, es el ser con los demás” (Greshake, 2002, p. 32). No se puede comprender un ministerio aislado del otro, o superior al otro, ya que, desde este paradigma relacional la comunión eclesial, se hace transparente, en la medida en que los ministerios, carisma y dones se ejercen “directamente proporcionales” (Greshake, 2002, p. 33), a semejanza de las Personas divinas, en que, precisamente “son cada una ella mismas por el hecho de que son totalmente unas desde las otras y unas referidas a las otras, y así constituyen la divinidad inseparablemente una” (Greshake, 2002, p. 33). Toda estructura en la Iglesia debe tener esa dimensión relacional de manera analógica a la Trinidad, por lo que, a nuestras estructuras eclesiales se les podría aplicar la siguiente idea de Emil Brunner, dime qué Dios tienes y te diré qué Iglesia comunión-relacional tienes (Greshake, 2002, p. 40).

- c) Singularidad: entendemos que dentro de la comunionalidad la identidad única de la persona es fundamental como lo es en la Trinidad, dado que cada Persona divina en cuanto a sus apropiaciones y relaciones establecen su identidad y, por tanto, su distinción. La singularidad de las Personas es garantizada en la comunión como sucede análogamente en relación con las demás especies donde el ser humano se diferencia por su capacidad cognitiva, lingüística, su autoconciencia, su libertad y capacidad moral, complejidad social y apertura a la pregunta por el sentido (filosofía) y lo absoluto (religión) (cf. Beorlegui, 2011, pp. 464-465), de tal manera que podemos percatarnos que esta diferencia es cualitativa, así, el ser humano está vertido a la realidad y no a la “estimulidad” como los animales. Por eso, puede decirse que es “la única especie cuya estructura esencial es una síntesis de biología y cultura” (cf. Beorlegui, 2011, p. 472), una “realidad psico-orgánica, es decir, una intelección sintiente” (cf. Beorlegui, 2011, p. 472). Esta singularidad en relación con las especies se percibe, también, entre los mismos seres humanos, pues cada persona humana es única e irrepetible, aspecto que la neurociencia plantea, aun hipotéticamente, que esta identidad única viene dada por la posesión de un solo cuerpo entroncado con un solo cerebro, de tal manera que la información que es acumulada en el cerebro crea esta unidad y nuestra percepción de ser “este que soy” y no otro.

La Iglesia Trinitaria asume, por tanto, cada una de las singularidades de las Personas permitiéndoles ser lo que son, que hagan visible su ser único y valioso (cf. Altuna, 2009, p. 33), que muestren su rostro –entendido como categoría metafísica y ética– que es individual, innato, personal, expresivo, proyectivo y empático; es entenderlo como infinito, precisamente como singularidad irreductible (cf. Altuna, 2009, p. 34).

#### 4. La Iglesia como “*imago Trinitate*”

Al pensar la Iglesia desde su origen trinitario se logra una mayor comprensión de lo que ella es, lo cual es proporcional al conocimiento que tengamos de Dios; entre más se profundice en el misterio de la Trinidad, mayor será la profundización en la naturaleza eclesial.

Al ser Una en sus acciones, estructuras y miembros, de igual manera, la Iglesia como Cuerpo de Cristo –quien se nos presenta como servidor (cf. Biblia de Jerusalén, 1998, Mateo 20:25-28; Juan 13:13-17; 15:18-20; 1 Corintios 9:19; Filipenses 2:4-7), como sacramento del Padre (cf. Biblia de Jerusalén, 1998, Juan 14:7-9; 1,18; Romanos 1,20; Colosenses 1:15; 1 Juan 1:1) y el congregador de todos los pueblos (cf. Biblia de Jerusalén, 1998, Juan 17:21-23; 15:12-14; 11,52; Hechos 4:32-35; Efesios 4:3-6; 15:18)– es Una con sus esencialidades (ministerialidad, sacramentalidad y comunionalidad), pues, esta sirve, comunica la gracia y congrega. Cada uno de estos elementos se interrelacionan y permiten evidenciar el rostro Trinitario de Dios.

Las implicaciones de lo expuesto conllevan a entender que la Iglesia es toda ella ministerialidad, porque al mismo tiempo es sacramento y comunión; es sacramentalidad, porque es comunión y ministerio; y comunionalidad, ya que es ministerio y sacramento. Las tres realidades trinitarias esenciales entonces, no pueden entenderse una sin la otra pues, están interdefinidas, unidas de tal modo que también cada una está totalmente en la otra, pero cada una manteniendo su distinción propia. Lo anterior se presenta de la siguiente manera:

##### Sacramentalidad

- La originalidad de la <gracia>
- La unidad de ser <símbolo>
- La singularidad de la <transparencia>.

##### Ministerialidad:

- La originalidad de los <dones-carismas>
- La unidad de la <universalidad>
- La singularidad de la <edificación>.

##### La comunionalidad

- La originalidad de la <singularidad de la persona humana>
- La unidad de ser <sinodalidad>
- La singularidad de la <relacionalidad>.

Lo trinitario permite, además, comprender que en cada una están presentes las propiedades de la Iglesia de ser Una, Santa, Católica y Apostólica, así como el triple ministerio propio de cada bautizado. De este modo, por ejemplo, la sacramentalidad eclesial trasparenta el pastoreo, el profetismo y el sacerdocio; la ministerialidad los activa para la edificación y la comunionalidad para la interrelacionalidad; lo mismo se dice de la unidad, catolicidad, santidad y apostolicidad que cada uno trasparenta, relaciona y edifica. Así, no puede ser la Iglesia sacramento, si esto no lleva al servicio total; y si no engendra comunión fraterna, tampoco lo puede ser si no realiza su triple ministerio y no manifiesta sus propiedades.

## Conclusión

La riqueza de entendernos como imagen de la Trinidad permite, por tanto, la superación de reduccionismos, tales como el comunitarismo, el sacramentalismo o el clericalismo, así como ciertos monopolios en los servicios de dirección/pastoreo que se originan por una centralización de la persona divina del Padre; o de un excesivo cristocentrismo, donde el acento se pone únicamente en la realidades temporales; o de un espiritualismo pentecostal desencarnado y líquido al destacar solo la acción del Espíritu. Pues, esta riqueza trinitaria es una realidad llamada a hacer surgir la novedad desde la originalidad del Evangelio, la cual deviene también de la aportación singular de sus fieles en la historia. Por ello, la Trinidad es el paradigma fundamental del cual la Iglesia se debe inspirar para realizar una constante conversión, tanto de las acciones y estructuras eclesiales, como del comportamiento-testimonio y pensar de los fieles.

Una Iglesia trinitaria-económica muestra la originalidad del Evangelio y las originalidades de sus fieles junto a estructuras de comunión siempre novedosas, ya que a la vida eclesial de rostro trinitario le es propio hacer surgir novedad en la historia y aportar desde su singularidad en la sociedad.

## Referencias Bibliográficas

- Altuna, B. (2009). El individuo y sus máscaras. *Ideas y Valores*, 58(140), 33-52. <https://bit.ly/40RfSc6>
- Benítez, H. A. (14 de junio de 2012). Introducción al Rompimiento Espontáneo de la Simetría y Mecanismo de Higgs. *No Renormalizable*. <https://bit.ly/47hZiVj>
- Beorlegui, C. (2011). La singularidad del ser humano como animal bio-cultural. *Realidad (San Salvador. En línea)*, (129), 443-480. <https://doi.org/10.5377/realidad.v0i129.3263>
- Biblia de Jerusalén. (1998). (3a ed). Desclée de Brouwer.
- Boff, L. (1986). *La Trinidad, la sociedad y la liberación*. Paulinas.
- Borobio, D. (1996). *Pastoral de los Sacramentos*. Secretariado Trinitario.
- Brighenti, A. (2016). *Vaticano II. Quince innovaciones que cambiaron la Iglesia*. Dabar.

- Bueno de la Fuente, E. (2014). *Eclesiología*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Iglesia Católica. (2013). Catecismo de la Iglesia Católica. *vatican.va*. <https://bit.ly/40Yzdly>
- Consejo Episcopal Latinoamericano. (2008). *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe: Documento conclusivo* (3a ed.). CELAM. <https://bit.ly/3GdwEJ6>
- Coda, P. (1994). *Acontecimiento Pascual. Trinidad e historia*. Secretariado Trinitario.
- Comisión Teológica Internacional. (2018). *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia* [en línea]. <https://bit.ly/3t7gr5g>
- Crozero, P. (2008). *Los Ministerios*. CELAM.
- Cubero, C. (13 de junio de 2018). Brasil tendrá un capitán distinto en cada partido. *Mundo Deportivo*.
- Feiner, J. y Löhrer, M. (Eds.). (1977). *Mysterium Salutis. Manual de teología como historia de la salvación* (Vol. 2). Cristiandad.
- Ferrara, R. (2002). *La Trinidad en el posconcilio y en el final del siglo XX: método, temas, sistema. Teología* (Buenos Aires), (80), 53-92. <https://bit.ly/3MVGovp>
- Fontbona, J. (2007). Sinodalidad. En J. Estrada (Dir.). *Diez palabras clave sobre la Iglesia* (pp. 345-375). Verbo Divino.
- Forte, B. (2003). *La Iglesia, ícono de la Trinidad*. Sígueme.
- Francisco. Vaticano II. Conmemoración del 50 aniversario de la institución del sínodo de los obispos [Discurso]. 17 de octubre de 2015. <https://bit.ly/3RbXyqR>
- Francisco. Vaticano II. *Evangelii Gaudium*. A los obispos a los presbíteros y diáconos a las personas consagradas y a los fieles laicos sobre el anuncio del evangelio en el mundo actual. Exhortación Apostólica. 24 de noviembre de 2013. <https://bit.ly/3JWw18n>
- García Extremeño, C. (2005). *Eclesiología. Comunión de vida y misión al mundo*. EDIBESA.
- Greshake, G. (2002). *Creer en el Dios uno y trino. Una clave para entenderlo*. Sal Terrae.
- Ladaria, L. F. (2010). *El Dios vivo y verdadero. El misterio de la Trinidad*. Secretariado Trinitario.
- Madrigal Terrazas, S. (2007). La Iglesia y los sacramentos. En *Aula de Teología de la Universidad de Cantabria Ciclo II: La Celebración de los Sacramentos, Hoy*. <https://bit.ly/47sjdkz>
- Maldonado, L. (2001). *Praxis sacramental y compromiso de fe*. PPC.
- Meis, A. (2004). Razón y amor en la Teología de Hans Urs von Balthasar. *Teología y Vida*, 45(1), 104 – 136. <https://doi.org/10.4067/S0049-34492004000100006>
- Moreira, M. A. (2009). El modelo estándar de la física de partículas. *Instituto de Física da UFRGS*, <https://bit.ly/47tj0xk>
- Muñoz López, C. (2009). *¿De qué está hecho el universo? De las partículas elementales a la materia oscura* [Conferencia] Vice-director del Instituto de Física Teórica UAM/CSIC, pronunciada el 11 de Marzo de 2009. <https://bit.ly/47LmNpx>
- Pablo VI. Vaticano II. *Lumen Gentium*. Constitución Dogmática Sobre La Iglesia. 21 de Noviembre de 1964. <https://bit.ly/3wT4Ogy>



- Pablo VI, Vaticano II. *Gaudium et Spes. Sobre el mundo actual. Constitución Pastoral*. 7 de diciembre de 1965. <https://bit.ly/2Jv5l38>
- Peña, J. (2001). La complejidad de la complejidad. *Cinta de Moebio*, (10), 2-13. <https://bit.ly/49MGaAv>
- Pié-Ninot, S. (2001). Sinodalidad. En C. O'Donnell y S. Pié-Ninot S (Dirs.), *Diccionario de eclesiología*. San Pablo.
- Rahner, K. (1979). *Curso fundamental sobre la fe. Introducción al concepto de cristianismo*. Herder.
- Rahner, K. (2002). *Escritos de Teología* (Vol. 4). Cristiandad.
- Ratzinger, J. (1967). *Ser cristiano*. Sígueme.
- Rodríguez Zoya, L. G. y Aguirre, J. L. (2011). Teorías de la complejidad y ciencias sociales. Nuevas estrategias epistemológicas y metodológicas. *Nómadas (Madrid)*, 30(2), 147-166. <https://doi.org/dk75mw>
- Sandrin, L. (2015). *Teología pastoral. Lo vio y no pasó de largo*. Sal Terrae.
- Tejerina Arias, G. (2015). *La gracia y la comunión. Ensayo de eclesiología fundamental*. Ágape.
- Villacís González, J. (2005). Entropía: caos convergente y caos divergente. *Effectus durat, durante causa. Anuario jurídico y económico escurialense*, (38), 533-564. <https://bit.ly/47NZkEc>

Para citar este artículo bajo norma APA 7a ed.

Marroquín, L. G., Mora, J. M. y Pérez Mora, C. (2023). *El rostro trinitario de la Iglesia. Cuadernos de teología – Universidad Católica del Norte (En línea)*, 15: e6144. <https://doi.org/10.22199/issn.0719-8175-6144>



Copyright del artículo: ©2023 L. G. Marroquín, J. M. Mora y C. Pérez Mora



Este es un artículo de acceso abierto, bajo licencia Creative Commons BY 4.0.